

república sin leyes y una ciudad en el aire, que un pueblo sin religion. Y la religion no existe sin fe. Podrán los hombres haber errado en sus creencias religiosas, y en realidad han sido víctimas del error; pero todos han buscado siempre ese alimento del alma, sin el cual no hay grandeza de corazón, no hay nobleza de sentimientos, no hay heroísmo. Tan cierto es esto, que los mismos filósofos del gentilismo reconocieron la necesidad de someter el entendimiento á verdades superiores, admitiéndolas sin racionamiento, por sí mismas y por la autoridad de la tradicion. «Es preciso, decia Platon (1), y lo mismo repetia Ciceron (2), que prescindiendo de todo racionamiento, creamos en lo que nos transmitieron los antiguos tocante á la religion. Debemos prestar entera fe á la antigua y sagrada tradicion, que nos enseña que nuestra alma es inmortal; y que, despues de separada del cuerpo, recibirá de un juez inexorable los castigos que hubiere merecido (3); porque los primeros hombres que nos transmitieron esta doctrina, salidos inmediatamente de las manos de Dios, debieron de seguro conocerle como á su propio padre, y deben ser creidos como sus hijos (4).»

Convengamos pues, Señores, en que hay algo más

(1) *Prisei nobis præstantiores, diis propinquiores, hæc nobis oracula tradiderunt.* (Plato in *Phileb.*) *Et hæc credere debemus, licet nec necessariis, nec verosimilibus eorum ratio confirmetur.* (Id. in *Timæo*, et in *Ep.* 7.)

(2) *Opiniones quas à majoribus accepimus de diis immortalibus, sacra, cæremonias, religionesque, ego eas defendam semper, semperque defendi.... Fac nunc ergo intelligam tu quid sentias: à te enim philosopho rationem accipere debeo religionis: majoribus autem nostris etiam nulla ratione reddita credere.* (Cic. de *Nat. Deor.*, lib. 3, cap. 2.)

(3) *Plato, Epist.* 7.

(4) *Priseis itaque viris hæc in re credendum est, qui diis geniti, ut ipsi dicebant, parentes suos optime noverant. Impossibile sane deorum filii fidem non habere.* (Id. in *Timæo*.)

allá de los límites de la inteligencia del hombre, y que éste necesita de una idea de ese misterio, para no divagar sin rumbo cierto en la region de las cosas sobrenaturales. Convengamos en que esa misma cualidad de sobrenaturales hace imposible para el hombre comprenderlas por sí, ni en su naturaleza, ni en su extension, ni en sus actos; y que por lo mismo necesita de una luz superior. Esa luz solo puede darla el que habita en el seno de la misma luz inaccesible, el que lo sabe todo, el que lo ha hecho todo, el Infinito, Dios. Y Dios la ha dado al hombre, antiguamente hablándole por los profetas, dice San Pablo (1), y en los últimos tiempos á nosotros por su Hijo, á quien ha hecho heredero de todo, por quien hizo los siglos. Ese Hijo de Dios se hizo hombre, habitó con nosotros, vino á dar testimonio de la verdad (2), se hizo camino, verdad y vida del hombre, y le enseñó á conocer á Dios. Esa luz es la fe católica. A su aparicion en el mundo, todos los antiguos sistemas perdieron su fuerza y desaparecieron, como al brillar el sol se extinguen los reflejos de los planetas. A su aparicion huyeron las sombras, la razon fué ilustrada, y todo empezó á marchar sobre una base sólida, fija, indestructible. A la manera, dice el Crisóstomo, que una nave agitada por la fuerza de los vientos, combatida y arrebatada por encrespadas olas, se detiene y queda fija en medio de los mares en cuanto afirma las áncoras; así la fe salva de inminente naufragio al entendimiento agitado por los encontrados vientos del error y de la duda, llevándole al tranquilo puerto y sosegada playa de la seguridad de conciencia (3).

(1) *Ad Hæbr.* I, 1, 2.

(2) *Joann.* XVIII, 37.

(3) *Has tenebras fides adventu suo in universum discutit in anima quæ se susciperet: et quemadmodum navem ventorum impetu jactatam,*

Entremos en el exámen de esta fe. Ante todo puede ser considerada de dos maneras: en sentido objetivo, y en sentido subjetivo. En el primero, dice San Pablo, es la sustancia de las cosas que esperamos, el argumento de las que no aparecen (1). Es el fundamento sólido de las cosas que espera el hombre, la coleccion de verdades superiores á la razon, la luz de Dios trasmitada al hombre, la razon suprema comunicada á nuestra razon. En el segundo, es un acto del entendimiento que da asentimiento completo á esas verdades emanadas de Dios (2); es la sujecion y obediencia á una razon superior, á una autoridad que enseña y manda, y por ello es una virtud del entendimiento, así como la sujecion de la voluntad, ó la obediencia á una voluntad superior, es una virtud del corazon.

Ahora bien, la fe en el primer sentido, ó como luz y ciencia superior comunicada por Dios al hombre, le ilustra, le engrandece, multiplica las fuerzas de su inteligencia, estiende hasta el infinito la esfera de sus conocimientos, le alimenta con la sustancia que su razon busca siempre y siempre necesita, con la sustancia de la verdad, para que no sea niño vacilante que se deja llevar de todo viento de doctrina (3). Pone un principio de certidumbre en el alma humana, le da un punto seguro donde apoyar la palanca de la potencia intelectual con la

*et fluctuum assaltu inundatam, demissa anchora omnino stabilit, inque medio ipso pelago figit: ita etiam mentem nostram affuso cogitationum æstu jactatam, adventu suo fides ex imminente naufragio liberat, tanquam in tranquillum portum, in securæ littus conscientie educens.*  
(S. Joann. Chrysost., de Eleemos. et in verba Habentes eum. spiritum fidei.)

(1) Ad Hæbr. XI, 1.

(2) Fides cujus vi omnino assentimur iis quæ tradita sunt divinitus. Catecismo Romano, cap. I, §. 1.)

(3) Ad Ephes. IV, 14.

cual lo mueva todo, lo domine todo, y vulgarizando las verdades superiores, no solo hace participar á todos los hombres individualmente y sin distincion sus beneficios, sino que crea lo que se llama razon pública, que preserva ó repara las aberraciones de la razon privada, y es como el alma de la sociedad moderna (1). Por ello dijo el Apóstol, que es un argumento (2), un medio de llegar á conocer lo que no aparece por sí mismo.

Pero la razon, se dice, no comprende estas verdades, el cómo de ellas. Es cierto: pero ¿comprende acaso muchas de las que están al alcance mismo de los sentidos y de la razon en sus manifestaciones sensibles? ¿Y dejan de ser ciertas porque no las comprenda la razon? Pero el dar asentimiento á estas verdades, se exclama, es abdicar la razon, anonadarla, ó cuando menos esclavizarla. Esto no es cierto, Señores. El que obedece una orden superior, el que cumple una ley, ¿destruye su voluntad? Lo mismo debemos decir de la razon, que se somete y conforma con una razon superior. La obediencia es una virtud; virtud es tambien la fe. Así como el hombre, para regular su voluntad ó el uso de ella en sus acciones, necesita una ley, así la necesita tambien para regular el uso de su inteligencia. Una sociedad religiosa sin símbolo, sería como una nacion sin leyes. A título de que el hombre es libre, ¿habrá uno solo que imagine desterrar de la sociedad todas las leyes, y declarar á cada individuo absoluto dueño de sus acciones? Así, pues, como en el orden moral y social, es indispensable en el intelectual y religioso una ley, una guia, una razon superior.

Escribió á San Agustin un neófito entusiasta, que

(1) Aug. Nicol., Estudios sobre el Crist., parte 3, cap. 7, sec. 2.

(2) Hæbr. XI, 1.

era mejor seguir la autoridad de los Santos, que dedicarse á buscar la razon de las cosas de Dios (1). «Corrije tu principio, responde el grande Obispo de Hipona, no hasta el punto de negar la autoridad de la fe, sino hasta el de reconocer que cuanto la fe nos hace creer, puede ser considerado y examinado á la luz de la razon, y comprendido por ella, no solo en sus motivos y pruebas, sino tambien en su conveniencia con las perfecciones de Dios y con las necesidades de nuestra naturaleza. Dios nos libre de pensar que él destruya en nosotros esa prerogativa con que nos ha elevado sobre los animales. Dios nos libre de pensar que la sumision que debemos á las verdades de la fe, nos impida buscar la razon de lo que creemos; porque no seríamos capaces de creer si no usásemos de la razon (2).» Así habla, amados míos, ese hombre á quien todos los siglos han admirado, y podemos llamar el gran Padre de la filosofia cristiana. Permittedme concluir este punto con una idea de un sábio apologeta (3). La fe es un instrumento óptico del alma, una prolongacion de la vista natural, que acerca, corrije y presenta con claridad los objetos lejanamente confundidos y oscuros; que descubre otros nuevos, y extiende la vista hasta una distancia infinitamente mayor, que la que sin él pudiera recorrer. Es el telescopio de la inteli-

(1) Ego igitur cum apud memetipsum prorsus definierim veritatem rei divinæ ex fide magis quam ex ratione percipi oportere..... Si enim fides Sanctæ Ecclesiæ ex disputationis ratione, non ex credulitatis pietate apprehenditur, nemo præter philosophos atque oratores beatitudinem possideret. (Consent. Epist. ad August. 221, inter Epist. hujus S. P.)

(2) Corrige definitionem tuam, non ut fidem respuas, sed ut ea quæ fidei firmitate jam tenes, etiam rationis luce conspicias. Absit namque ut hoc in nobis Deus oderit, in quo nos reliquis animantibus excellentiores creavit. Absit, inquam, ut ideo credamus, ne rationem accipiamus, sive quæramus, cum etiam credere non possemus, nisi rationales animas haberemus. (August., Epist. 222 ad Consent., alias 120.)

(3) Aug. Nicol., loc. cit.

gencia, que agranda su horizonte, y le hace distinguir nuevos astros en el cielo del pensamiento y de la verdad.

Al observar, dice un corifeo de la incredulidad impía (1), que la razon hace progresos tan pasmosos, pero tan solo desde el momento de la predicacion del Evangelio, bien podeis considerar á la fe como una aliada que viene en vuestra ayuda, no como un enemigo á quien es preciso atacar: debeis estimarla, no temerla.

Pero ¿de dónde viene la resistencia que hacen muchos hombres á la fe? ¿Por qué la combaten? ¿Por qué quisieran destruirla? Una palabra lo dice todo: á la cuestion de la fe divina va unida la cuestion de una virtud divina. Esta virtud es la que hace tener miedo á la fe. No es la razon la que resiste; es el corazon; son las pasiones. Las verdades de la fe llevan en pos de sí deberes que cumplir, que son como frutos de ella, como consecuencia de ser ella la regla, la ley de nuestras acciones: estos deberes repugnan; estos sacrificios espantan; y el corazon, dominado por las pasiones, se rebela contra la fe. Si esta se redujera á una coleccion de verdades especulativas á que nada tuviera que responder la práctica, de seguro no habría incrédulos, ó serian muy raros.

Pero, hermanos míos, ¿es que hay incrédulos en el sentido absoluto de la palabra? Yo no los encuentro. Hombres incrédulos con relacion á las verdades de la fe católica los hay, y muchos por desgracia; pero hombres que vivan sin fe, hombres que vivan sin dar crédito á misterios que no pueden probarse, que tal vez repugnan á la humana razon, no los busqueis; no se encuentran en el mundo. Pascal ha dicho, parodiando á Séneca:

(1) Voltaire, Razon del Cristianismo, en la palabra *Aveux*.

(2) Pascal, Pensamientos: Philosophi credula natio. (Seneca, Quæst. nat., VI, 26.)

«Los incrédulos son los más crédulos.» «Propio es de la incredulidad, dice el mismo Voltaire, creer todo lo increíble, contradictorio é imposible: creer lo que no se entiende, y sin autoridad ninguna que sea capaz de persuadirnoslo. Al contrario, la fe católica consiste en someter nuestra razon, no por ciega credulidad, sino por una credulidad dócil, que la misma razon autoriza (1). Los que no creen en Dios, ni en Jesucristo, ni en la espiritualidad, se ven forzados, para fundar su incredulidad, á profesar creencias opuestas y ridiculas, como la de que el mundo se ha creado á sí mismo, que todo es obra de la casualidad, y otros tantos delirios de una razon que, temiendo la responsabilidad, quiere anonadarse. ¡Cuántos hechos pudiéramos citar que prueban la fanática y supersticiosa credulidad de los pretendidos incrédulos! Compadezcámoslos: llevan en sí mismos su castigo.

¡Cuán noble es, por el contrario, la fe católica! Ciñámonos para demostrarlo á tres puntos: la idea que nos da de Dios; la que nos da del hombre; y la del destino eterno que á este señala. Estos tres puntos son el núcleo de los demás, y son y han sido siempre los más oscurecidos por los sistemas del error. Ved lo que nos enseña de Dios. Es el Sér por esencia; el principio y el fin de todas las cosas (2). No hay más que un Dios, y ese Dios es infinito; es la omnipotencia, la sabiduría y el amor esencial; es la belleza y la bondad; es la verdad eterna. Dios ha criado todas las cosas para el hombre (3), y ha criado al hombre para comunicarle su felicidad (4). Porque el hombre se apartó de él y se hizo desgraciado,

(1) Voltaire, loc. cit.

(2) Exod. III, 14; Apoc. I, 8.

(3) Psalm. CXIII, 16; Gen. IX, 2.

(4) Ad Rom. VI, 22.

Dios mismo, el Hijo de Dios se hizo hombre, murió por el hombre, y con su muerte le mereció el perdon, y le devolvió la amistad de su Padre (1). Resucitó y subió al cielo para abrir al hombre la entrada de su reino (2); pero se queda con él en un sacramento de amor. Manda al hombre que obre el bien, que viva como él ha vivido; le enseña á amar hasta á sus enemigos, le perdona con misericordia, le fortalece con su gracia.

Hé aquí la idea de Dios segun la fe católica. En sí mismo la perfeccion, la verdad infinita: para con el hombre, la misericordia sin límites. El Creador de todo, en su poder: el conservador de todo, en su sabiduría: el restaurador de todo, en su amor. ¿Repugna, Señores, á la razon esta idea?

¿Qué era el hombre, qué es aún para los que no tienen fe? Un enigma inesplicable. Nadie ha fijado de una manera positiva, ni su origen, ni su condicion, ni ese misterio de su grandeza y de su miseria reunidas. La fe católica lo descifra, diciendo: el hombre es una criatura hecha á imágen de Dios (3), pero degradada por sí misma (4). Ha querido edificar á su antojo sobre los cimientos echados por su Criador, y se ha apartado de su plan. Así contra la regularidad y armónica belleza del primer diseño se han encontrado reunidos lo inmortal y lo perecedero, lo espiritual y lo carnal, el ángel y el bruto (5). Hé aquí la solucion que da la fe. Ella nos enseña tambien el camino por donde hemos de volver á la antigua grandeza, y hasta tener el nombre y carácter de hijos de

(1) II ad Corinth. IV, 18, 19.

(2) Joann. XIV, 2.

(3) Gen. I, 27.

(4) Psalm. XLVIII, 13.

(5) Bossuet, sermon sobre la muerte, punto 2.

Dios (1), y ser participantes de su divina naturaleza (2). Con relacion á los demás hombres, nos dice que todos somos hermanos, que todos pertenecemos á un cuerpo (3); que todos somos iguales ante Dios (4). Las diferencias sociales en nada alteran esta unidad de principio. La sociedad, por la fe, es una reunion de hermanos enlazados por su origen, por su amor y por su destino. ¡Cuán noble, cuán humanitaria es nuestra fe!

Ella aparece tambien luz hermosa que aclara el porvenir, dándonos la esperanza y el consuelo. El hombre, dice, está destinado á una felicidad noble, racional y eterna; gozará de una paz inalterable, de una gloria inmensa; gozará de Dios. Dios, su gloria y su amor serán su premio (5); el premio de la virtud y de los sacrificios con que se alcanza. Dios, enjugando las lágrimas del hombre (6); Dios, alimentando para siempre el alma con el conocimiento de sí mismo, verdad eterna; con el goce de sí mismo, bien eterno (7). ¡Qué idea más noble, más pura, y de mayor efecto sobre la razon y la voluntad, para conducir las almas al heroismo de la virtud! Dios, apartando de sí para siempre, bajo el peso de una maldicion eterna, al que obra el mal y no ama á su hermano, y no se alimenta del manjar suave de la virtud (8). ¡Qué idea tan poderosa para arrancar al hombre del camino del mal! Hé aquí, pues, la fé; hé aquí la verdad católica; hé aquí la noble inspiracion de nuestra religion augusta,

(1) Joann. I, 12.

(2) I ad Corinth. XII, 13.

(3) Ad Rom. X, 12.

(4) Gen. XV, 1.

(5) Apoc. XXI, 4.

(6) Id. id. 6, 7; Ps. XV, 16; Ps. XXXV, 9.

(7) Matth. XXV, 41, 42, 45.

(8) II Petr. I, 4.

¿Quién no la admira, quién no la ama con todas sus fuerzas, y se deja gobernar por ella?

Perdonadme, Señores, si me he extendido demasiado en esta demostracion. No os tengais por ofendidos; yo no abrigo la menor duda acerca de la pureza de vuestros sentimientos religiosos, y de la sinceridad de vuestra fe. Pero, bien lo sabeis: en este siglo materialista, en que el génio del mal trabaja tan empeñadamente y por tantos medios en deprimir y oscurecer, ya que no le sea dado apagar como quisiera, la brillante antorcha de la fe católica, dando al hombre por única regla su razon degenerada, digamos mejor, sus pasiones, deber es del ministro del Evangelio preservar al pueblo fiel del error, demostrándoselo; y atraer y volver al desgraciado, víctima de él, al redil del buen Pastor; vindicando los fueros de nuestra Religion sacrosanta, y valiéndose al efecto de las confesiones arrancadas, mal de su grado, por la fuerza irresistible de la verdad, á los doctores más funestamente célebres por su incredulidad práctica y por su odio al catolicismo. Perdonadme, repito, y dignaos seguirme en el exámen del misterio de la fe por excelencia, del misterio Eucarístico, que perpetúa la presencia de Cristo en la tierra para alimento de la fe.

## SEGUNDA PARTE.

¿Qué es la sagrada Eucaristía? Es el sacramento instituido por Jesucristo, en el que se contiene real, verdadera y sustancialmente el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad, en una palabra, todo Jesucristo. Hé aquí el dogma católico. ¿Deseais saber el por qué de este Sacra-